JACINTO BENAVENTE

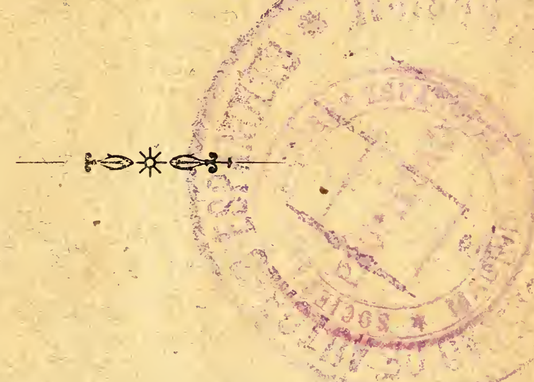
Todos somos unos

SAINETE LÍRICO

en un acto y en prosa, original

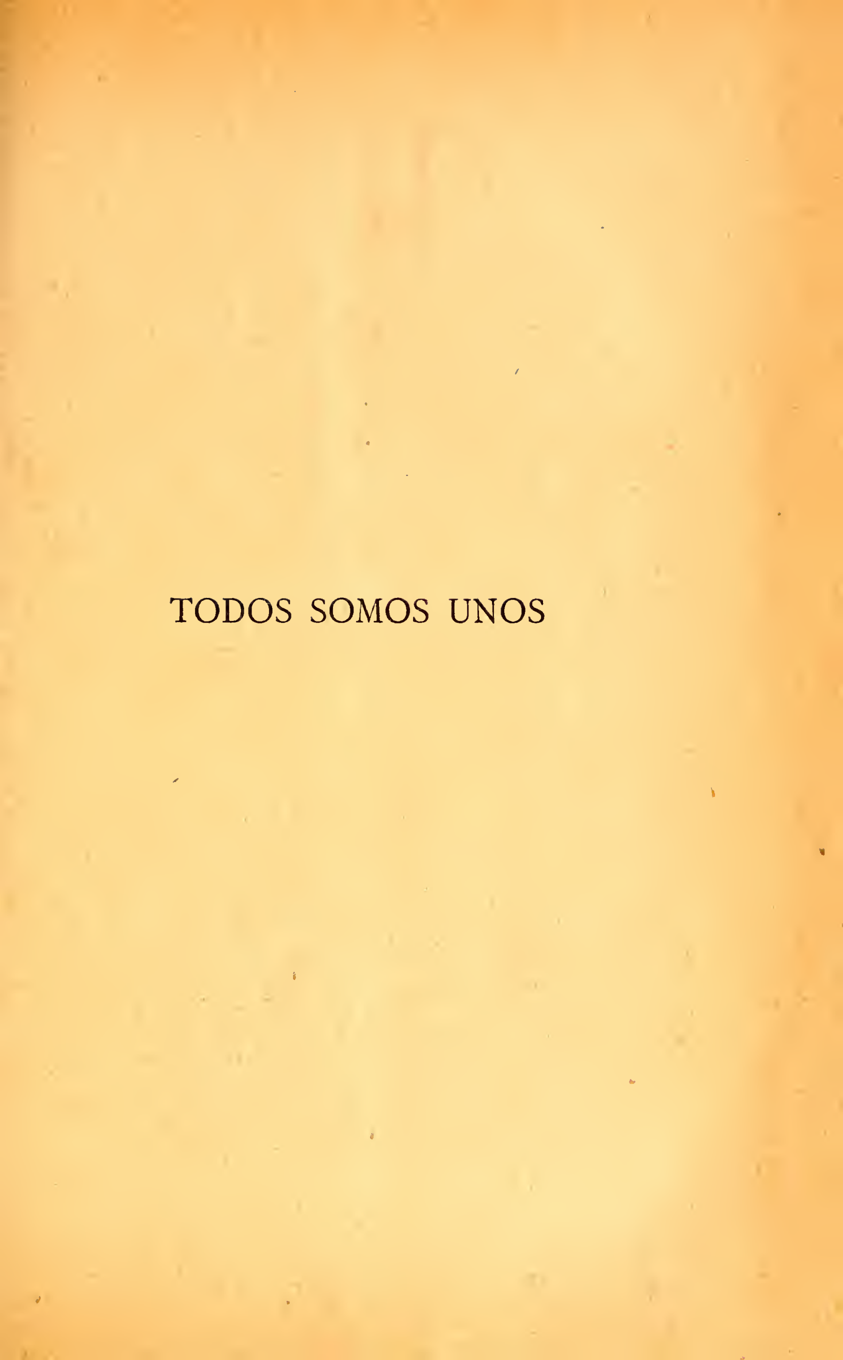
MÚSICA DEL

MAESTRO LLEÓ



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907



TODOS SOMOS UNOS

TODOS SOMOS UNOS

SAINETE LÍRICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

MÚSICA DEL

MAESTRO LLEÓ

Estrenado en el TEATRO ESLAVA de Madrid, la noche del 21 de Septiembre de 1907



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LEONOR	SRA. MANSO.
LA BRASILEÑA	SRTA. MARTÍNEZ.
LA TANGUERA	ANDRÉS.
LA CHIRRIS	QUIJANO.
VICENTA	SRA. TRAIN.
CAROLA	SRTA. SANTA CRUZ.
EL MORO	SR. MIRÓ.
EL PERRERO	VERA.
MARQUÉS	ALLEN-PERKINS.
ISIDORO	GAMERO.
ROMUALDO	RODRÍGUEZ.
JUANITO	VELÁZQUEZ.
MIGUEL	DEL VALLE.
PACO VÉLEZ	MARINER.
ENRIQUE	GIL DE ARANA.
DON LEONARDO	TOVARES.
PEPE	CONTRERAS.
UN MOZO	MORALEDA.



ACTO UNICO

La escena representa un restaurant en la Bombilla. Plazoleta de árboles con cenadores á derecha é izquierda. Es de noche

ESCENA PRIMERA

El MORO y el PERRERO toman cerveza sentados: á su lado un piano de manubrio. Un MOZO va y viene sirviendo á los cenadores

MOZO (Saliendo.) Que si no tenéis la machicha.

PER. Pa sabido. En este cilindro no la traemos. Ya está eso mu pasao.

MOZO Pues que toqueis algo.

PER En cuanto tomemos esto.

MORO ¡A ver! Pues llevamos hoy mala *tupitaina*.

PER. ¡Lo que yo he sudao!... Y eso que bien temprano me bajé al río y me he chapuzao bien, pero con jabón y todo; una pastilla que me ha costado dos reales, pero que te deja el primer olor. Toavía pué que se note.

MORO Sí que huele bien. ¡No hay como el aseo!

PER. Que lo digas.

MORO Yo antes también me bañaba tóos los veranos, pero desde que tuve la pulmonía, no puedo hacer excesos. (Dentro llaman al Mozo.)

MOZO Va... va... ¡Que toqueis algo!

MORO En seguida. (Mutis del Mozo.)

PER. Mira que tiene suerte esa Leonor.

MORO Es que lo vale.

PER. Los que la hemos visto como tú y como yo...

MORO Y eso que tié que ver...

PER. No, si yo siempre se lo tenía pronosticao; cuántas veces se lo tengo dicho cuando estábamos en confianza: Micaela... entonces no la llamaban Leonor.

MORO ¿Qué vas á decirme?

PER. Tú tiés mérito y debes de mirarte mucho y no amontonarte con el primer sinvergüenza...

MORO ¿Qué vas á decirme? Si fuí yo el primero que tuvo algo verdad con ella.

PER No vengas presumiendo, porque tóos sabemos que el primero fué don Baltasar el de la casa de préstamos.

MORO ¡Por el parné; vaya una gracia!... Pero con ilusión... Que te lo diga ella.

PER Pues don Baltasar estuvo si se casaba ó no se casaba... Si no promedian sus sobrinos, por la cuenta que les traía...

MORO ¿Qué vas á decirme? Vinieron á ofrecerme diez duros y una colocación si yo le decía al tío más de cuatro cosas que habían pasao con la Leonor.

PER. ¡Qué gente más baja!

MORO ¡Miá que diez duros!

PER. ¡Y una colocación! Si á mano viene pa trabajar...

MORO Seguro. Conmigo dieron... No podrá decir la Leonor que yo la he perjudicao lo más mínimo; así es que hoy mismo, ande la ves, pués estar seguro que favor que yo la pidiera, favor que me hacía.

PER. ¿Y cómo habrá venido hoy aquí? ¿La habrá dejao ya el Marqués?

MORO ¡Qué tié que haber dejao! Es que está fuera.

PER. ¿Y esos que han venido con ella? ¿Los conoces?

MORO A uno le llaman don Paco. Debe ser de la curia, porque anda mucho por los Juzgaos y por las Salesas; yo le veo por allá casi tóos los días.

PER. Ahora me da una idea que también yo le tengo visto... De cuando la Chirris me metió en el lío de sus alhajas. Ya sabes...

MORO ¿Ande andará esa?

PER. Aquí viene mucho con la Tanguera, que ahora está con don Leandro, el que fué *ispector* del Centro.

MORO No conozco otra cosa. ¿Has acabao ya?

PER Cuando quieras.

MORO Pues vamos á darle... (Toca el piano.)

ESCENA II

DICHOS, VICENTA, CAROLA, ISIDORO, JUANITO y MIGUEL

VIC. Pero que está muy bien esto. No creí yo que era una cosa así.

ISID. ¿Qué te pensabas? ¿Dónde andará Romualdo? Voy á ver. (Mutis.)

VIC. Yo voy á sentarme, que tengo un temblor de piernas con el susto... Yo me creí que habíais atropellao al chiquillo.

JUA. Si no se pué andar en el coche por Madrid; es una vergüenza; echan los chicos en medio de la calle como si fuan perros, y avisa uno y lo primerito que dicen sus padres: «no sus quiteis, que se pare él»; y les tropieza uno na más que con la fusta, y pa qué quié uno más día de fiesta.

VIC. Por eso á mí no me gusta ir en coche á ninguna parte... ¡teniendo la comodidad del tranvía!

MIG. (A Carola.) ¿Pero vas á estar así toa la noche? Pa llamar la atención...

CAR. Es que eso que has hecho... cuando veníamos, ha estao muy feo.

MIG. ¡Creerás que ha sido intencionao! ¡Te lo diría! Si es que yo creí que volcábamos. Ya ves que tu madre también se agarró á mí... Y eso vas á creer también que fué intencionao.

ISID. (Saliendo.) Ya he dicho de que avisen á Romualdo que hemos venido. Está en la cocina ocupao... Su mujer y las chicas no están aquí.

VIC. Habrán ido al teatro ó á dar una vuelta por Madrid

ISID. ¡Quiá! Si es que están de baños en Alicante.

VIC. ¡Anda, anda, la Nati qué vida se pega!... ¡Eso es suerte de mujer!

ISID. ¡Puede que la tenga envidia! ¡Mira que es condición que siempre tiene que parecerte mejor lo de los demás!... ¡Como si tú no hubieras estao nunca de baños!

VIC. Pero yo iba porque ibas tú con los señores y yo iba contigo Pero ella ha ido á disfrutar.

ISID. Sí, que no has disfrutao tú en ese San Sebastián, y hasta fuiste á Bayona y á la Virgen de Lourdes, ¿y no gastastes lo que te dió la gana? Te digo, Juanito, que no sabes lo que haces con no casarte. ¡Qué mujeres! Ya pués hacer, nunca las ves contentas...

JUA. Pues si tú te quejas de la Vicenta...

VIC. Tú verás. Dí que cómo se verían más de cuatro si no fuera por sus mujeres. Y aquí está éste, y que diga cómo le lucía el pelo antes de casarse. Suerte que aquí me conoce de casi toda la vida...

JUA. Puede usted decirlo.

MIG. (A Carola.) ¿Vamos á bailar?

CAR. ¡Quita de ahí! Aquí los dos solos como dos tontos. ¡Ganas de hacer el paso! (Vanse y Vicenta detrás.)

PER. Buenas noches, señor Isidoro y la compañía.

ISID. Hola, hombre. ¿Estás aquí con el istrumento?

PER. ¡A ver! ¿Y qué? ¿Se ha venido á tomar el fresco?

ISID. Aquí con la familia y estos amigos á ver esto que es ahora de un conocido.

PER. Del señor Romualdo. ¿Le conoce usted?

ISID. Estaba en la cocina del duque de Villaquejido, cuando yo servía en la casa. Es un

buen amigo. Desde que tomó esto, siempre nos estaba conque viniéramos á verlo; conque esta noche ha sido.

PER. ¡A ver! Y que está la primer noche. Oiga usted. ¿No sabe usted quién está ahí con unos señores?

ISID. Tú dirás.

PER. La Leonor. ¿Es que no está ya con el Marqués?

ISID. Yo estoy en que sí, aunque no deja de chocarme que no se la haya llevao este verano, porque aunque nosotros estábamos en San Sebastián, siempre la tenía por allí cerca, y él iba y venía. Pero pa mí que sigue con ella; por lo menos no hará quince días que escribió encargándome de buscarle un caballo pa limonera.

PER. Entonces...

ISID ¿Y dices que está ahí?

PER. Ahí la tiene usted, con una de brillantes encima...

ISID. Pues mira que si el Marqués lo supiera...

PER. ¡A ver! No le daría gusto.

ISID. ¡Qué mujeres! (Salen Miguel, Vicenta y Carola.)

PER. Le sale todo por una friolera.

ISID. Bueno, me alegro de verte. Voy aquí con la familia.

PER. Tanto gusto.

MORO Oye, tú; ¿quién es?

PER. El cochero del marqués de los Morales.

MORO Anda, ¿del que está con la Leonor?

PER. Ese mismo.

MORO ¿Y esas que están con él?

PER. Su mujer y su hija, no vayas á creer otra cosa. Y el otro, Juanito, el que está ahora de segundo con él, y el otro, el novio de la hija, Miguel, que está de escribiente en los Juzgaos... Isidoro es la gran persona; me tié dao á ganar mucho dinero cuando yo andaba con los perros.

VIC. ¿De qué conoces al pianista?

ISID. De que antes vendía perros y le tengo compraos muchos *fosterriers* pa las cocheras. Es un buen chico, de estos golfos de Madrid

que hacen á todo. ¿No sabes lo que me ha dicho?

VIC. ¿Qué?

ISID. Que está ahí la Leonor.

VIC. ¿La del amo?

ISID. De juerga por lo visto con unos...

VIC. Pa eso se gastan los miles con ella.

JUA. Pero si es sabido; si la temporá que yo estuve en el punto la tengo lleváa mil veces á cuarenta sitios peor que este, porque aquí siquiera está al aire libre.

ISID. ¿No es pa matarla? Vamos, que si el señor Marqués se entera...

VIC. ¡A él sí que había que matarlo! Con la mujer que tiene, y los niños tan ricos. Si á los hombres les está muy bien más de cuatro cosas que les pasan. Si lo tengo visto: cuando la mujer es como Dios manda, el marido... ¡anda con Dios! como aquí, en casa del duque, tenía usted lo contrario, él, un alma bendita, y ella... lo que tóos sabemos.

JUA. También, también la tengo lleváa á muchos sitios.

VIC. Lo malo es que volvías á traerla. Es que no no se ha de ver una casa conforme, cuando no es la mujer, es el marido, siempre tié que haber uno pa trastornar... Siquiera cuando son los dos como los de casa Morillo... ¡anda con Dios, y todos contentos!... Y que las hijas también van saliendo; la que se casó el año pasao, creo que hace poco ha dao el primer escándalo.

JUA. Ya tié daos muchos.

VIC. Ya lo sé; digo el primero porque éste ha sido el más gordo. (Entra el Mozo.)

MOZO El amo que viene en seguida; que no les dice á ustedes que pasen, porque en la cocina hace mucho calor.

ISID. Dígale usted que aquí le esperamos.

MOZO Dice que si están ustedes buenos.

ISID. Dígale usted que sí. ¿Y cómo va esto?

MOZO Pues va marchando. Ahora que estaba muy desacreditao porque el dueño de antes, como estaba tan metido en política, lo tenía muy

desatendido... Con su permiso voy á servir aquí.

ISID. ¿A esa... señora?

MOZO Demasiado que la conocerá usted.

ISID. Algo... ¿Y los caballeros?

MOZO También que los conocerá usted. Uno es don Francisco Tellez.

ISID. Muy amigo del señor Marqués...

MOZO Como que es el que presta dinero á toda la gente gorda; es decir, el dinero es de una señora viuda de un general. Don Paco es el agente.

ISID. Y lo otro.

MOZO Sobreentendido.

UNO (Llamando dentro.) ¡Camarero! ¡Mozo!

MOZO ¡Va, va! Con su permiso.

ISID. Oye, Miguel. (Miguel está hablando con Carola y no le oye.) ¡Miguel!

MIG. ¿Qué manda usted?

ISID. ¿Pero no lo tenéis tó hablao?

VIC. Es lo que yo le digo. Es que me tenéis asqueá de veras...

MIG. Porque ustedes no se acuerdan de ustedes.

VIC. ¿Yo? ¿Con su padre de esta? ¡Jesús! Estábamos en la misma casa y se nos pasaban los días sin mediar palabra...

MIG. Por eso se casaron ustedes antes de lo que pensaban.

VIC. ¡Oye tú, desvergonzao! ¡Pué que creas que fué por tapar algo! Fué porque la señora duquesa dijo que no quería noviajos en la casa; que nos casábamos, ó á la calle.. ¡Tú verás!... Y á mí no vuelvas á interpelarme en esa forma, porque si mi marido no te llama la atención, como era su derecho, me basto yo para saltarte las muelas de un revés. ¡Pues hombre, hasta ahí podíamos propasarnos!

CAR. Pero madre...

VIC. ¡No hay madre ni padre! Pué que vayas á consentirlo que me falte, antes de ser tu marido...

MIG. Señora Vicenta, que mi intención no ha sido de faltarle á usted, ni de propasarme en

lo más mínimo, que yo tengo sobrada educación para eso y usted ha sido la que ha intrepetao mal...

VIC. ¡Pues pa que yo no tenga que interpretar nada, te miras mucho antes de decirme nada!... Y se acabó, que no tengo gana de sofocarme con la calor que hace.

MIG. ¿Pero, ves tu madre?

CAR. Y si ya sabes como es, ¿pa qué la dices na?

MIG. ¿Pero le he dicho yo nada pa que se ponga así?... Y aquí está tu padre... Vamos á ver, señor Isidoro, ¿cuánto tiempo hace que se casaron ustedes?

ISID. Diecinueve años y cinco meses.

MIG. ¿Y qué edá tié la Carola?

ISID. Diecinueve años.

MIG. Entonces, ¿por qué se pone tonta su señora de usted? Si se casaron ustedes, ¿no está ya todo legalizao?

ISID. Pero si ella tiene en eso su amor propio, ¿qué vas á hacerle?... Y deja ya ese asunto que tú te crees que estás siempre en la escribanía, que de cada palabra movéis un pleito. Iba á preguntarte si conoces á un señor Tellez que está ahí con la Leonor...

MIG. ¿Don Paco Tellez?

ISID. El mismo, don Paco.

MIG. ¡No le tengo de conocer!

ISID. ¿Tié asuntos en el Juzgao?

MIG ¡Todos los días!... ¿Usted no le conoce?

ISID. Como á tí. Algunas veces le he llevao con el señor Marqués. Es muy amigo.

MIG. Bien dicen que el más amigo la pega... Pues este don Paco fué el que le arregló á la Leonor otro lío muy gordo, que pudo costarla ir de causa, porque el Marqués también se había interesao antes por este don Paco .. que le tendrá dao dinero más de cuatro veces, si á mano viene para dárselo á la Leonor.

ISID. Seguro. ¡Porque cuidao que le come esta mujer! Con lo que ella le saca en un mes, hacía yo mi felicidad.

MIG Y cualquiera.

ISID. Hoy día tié ella mejores trenes que nosotros, sin contar el automóvil. ¿Y la casa? ¡Yo no he visto otra, y he visto las mejores casas de Madrid, y en Madrid me parece que hay casas, pero como ésta, pocas! ¡Hasta el baño de cristal que tié, muchacho! ¿Y la alcoba? A lo Luis XIV.

MIG. ¿Catorce na más?

ISID. Voy á llevarte un día por gusto pa que la veas. Yo conozco mucho á Gastón, un chico francés que es el que ella tié de su confianza.

MIG. ¡Vamos, sí!...

ISID. Nada de eso, si es como una doncella, la viste y todo.

ESCENA III

DICHOS y ROMUALDO

ISID. ¡Romualdo!

ROM. ¡Isidoro! ¡Qué me alegro de verte!

ISID. ¡Y yo, no sabes!

ROM. Y la Vicenta, tan buena...

VIC. Regular, vamos. Ya nos han dicho que tié usted á la familia de baños. ¡Vaya con la Nati, qué pícara!

ROM. Pues por los chicos, que sentían el calor y parece que se desmejoraban, y aquí lo hubieran pasao, pero como estamos de obra en la parte que hemos de vivir, pues es un ahogo; así es que fuí y les dije: andar y veros á Alicante y bañarse bien y refrescarse y no venirse hasta que sos diga.

VIC. Estará usted sin sombra.

ROM. Así es, pero que va usted á hacerle. Por los hijos se impone uno toda clase de sacrificios. ¿Y la Carola, tan guapa?

VIC. Saluda, mujer.

CAR. Muy buenas noches. ¿Cómo está usted?

ROM. ¿Bien y tú?

CAR. Para servir á usted. ¿La familia de usted tan buena?

ROM. Buena, gracias. (Señalando á Miguel.) Aquí no hay que preguntar.
MIG. Servidor de usted.
ROM. Que sea para bien.
VIC. ¡Ay! deje usted que sea, que ahora principia...
MIG. ¿Pero ves tu madre, que no sabe hablar sin zaherir?
CAR. ¡Déjala y que diga!
ROM. ¿Y por qué no ha de ser, señá Vicenta? Vosotros quererse y ustedes dejarlos quererse... y tóo llegará á hacerse.
ISID. (Presentando á Juanito) Aquí, es Juanito que está ahora conmigo de segundo.
JUA. Servidor.
ROM. Por muchos años y tantismo gusto...
JUA. Lo mismo digo.
ROM. Basta ser que esté usted con Isidoro pa que le mire á usted como á él, y él ya sabe que todo lo que hay en mi casa, por suyo... Pero, ¿cómo no habéis venido antes?
ISID. Pues tóos los días queriendo venir, que te diga ésta, pero que no s'arreglao hasta hoy por no tener coche; porque el mail es mucho coche, y en un landó no íbamos á venir, y el faetón ha estao en el taller y hasta hoy no lo hemos tenido disponible.
ROM. ¿Y cómo es que este año no has salido fuera?
ISID. Este año no se han llevado más que los otós.
ROM. ¿Y qué es eso?
ISID. Los automóviles: en Francia los llaman así.
ROM. Ahora, con eso del automóvil, pa vosotros menos trabajo.
ISID. ¡A ver!
ROM. Si no acaban con nosotros.
VIC. Es lo que yo digo; que habrá que ir aprendiendo á sofer, por si es caso.
ISID. Hay que desengañarse; donde esté un buen tren con su buen tronco de caballos, y unas buenas manos pa presentarlo, que se quiten los automóviles.
ROM. Así es.

ISID. Dí que es una moda como todo, que en cuanto la tenga todo el mundo les cansará á los señores y tendrán que inventar otra cosa.

ROM. Así es.

ISID. Pero un tren de lujo será siempre un lujo *verdá*... Porque... ¿quies tú decirme cómo van á presentarme un automóvil á la gran *Domón* y á ver dónde hay nada igual á una gran *domón* pa presentarse en público una señora de la grandeza un día que quiera presentarse?

ROM. Así es. ¿Pero qué van ustedes á tomar? Porque aquí no ha venido nadie pa esto.

ISID. El gusto de verte.

VIC. No es despreciarle á usted, pero es que no tenemos gana de nada. Digo, yo hablo por mí... Estos, ustedes dirán.

ISID. Si precisamente esta noche hemos cenao una barbaridá.

ROM. Pues de aquí á un rato. Ahora vengan ustedes á ver todo esto.

VIC. El jardín está muy precioso.

ROM. A fuerza de lo que se ha trabajao. Estaba tóo muy abandonao, así es que no querais saber lo que aquí se me ha ido.

VIC. Sí que se le habrán ido á usted muy buenos cuartos. Pero ya se *dimnizará* usted de todo.

ROM. Es de temer.

ESCENA IV

DICHOS, LEONOR, PACO y ENRIQUE

LEO. Que nos sirvan aquí el café, que estaremos más frescos.

PACO Mujer, que hay mucha gente.

LEO. ¿Van á comernos?

PACO Hubiéramos estado mejor en un reservado.

LEO. ¡Pa reservaos está el tiempo! ¡Con el calor que hace!

PACO Es que á mí no me gusta exhibirme y á tí debía gustarte menos.

LEO. ¿A mí? Ya pueden ir telegrafiando. Ya po-

dría suponer que no iba yo á haberme quedao en Madrid pa irme á llorar por las noches á los solares del Buen Retiro. ¡Como esto está tan divertido en verano!

ROM. (Fijándose en Leonor, á Isidoro.) No, no sabía que estaba aquí.

ISID. No es mala parroquiana.

LEO. (Reparando en el grupo.) Buenas noches, Isidoro. ¿No querías saludarme?...

ISID. Por mí... ya ve usted... ¿Cómo está la señorita?

LEO. Ya la ves: aburrida de estar en Madrid y con este calor y con estos amigos.

ISID. Buenas noches, don Francisco, ¿cómo está usted?

PACO Bueno, gracias. (Bajo á Leonor.) ¿Lo ves?

ENR. ¡Y creíamos que aquí no nos vería nadie!

PACO ¡Los caprichos de esta! ¡Ya se lo dije yo!

ISID. Pues salimos á pasear los caballos, y de paso hemos venido á ver á este amigo.

LEO. ¿A Romualdo? También es amigo mío... Y ya ve que no le olvido.

ROM. Y se agradece... Ya sabe usted que en mi casa...

LEO. Ahora se puede venir á comer aquí.

ISID. Ya lo creo, donde esté Romualdo...

ROM. ¿Han comido ustedes bien?

LEO. Yo en verano estoy siempre desganá, no me apetece más que gazpachos y horchata... Pero me arma una revolución que tengo que privarme. ¿Es tu familia?

ISID. Sí, señorita; mi mujer.

VIC. Servidora.

ISID. La chica...

LEO. Muy guapa.

CAR. Muchísimas gracias; es favor.

LEO. (Por Miguel.) ¿Hijo tuyo también?

ISID. Tras de eso anda.

LEO. Vamos, será muy formal.

ISID. Así parece. Pues nosotros vamos á ver esto. Que usted siga buena.

LEO. Gracias.

ISID. Y descuide usted, que por mí, como si no nos hubiéramos visto.

LEO ¡Ay, no! Si no me importa. Ya ves lo que me tapo, lo que á mí me ha gustao taparme nunca.

VIC. Muy buenas noches... ¡Qué mujerota! ¿Os habéis fijao qué de brillantes? Tié que haber un castigo muy grande en el otro mundo; de otro modo ¿quié usted decirme qué le serviría á una ser decente?

ROM. ¡Hay que ver cómo acaban!

MIG. Díganmelo ustedes á mí. Habré yo visto cosas? A esta misma la tenemos ejecutá lo menos ocho veces.

ISID. Y lo que te rondaré.

MIG. La última vez se lo embargamos todo, menos la cama...

ROM. A ver, eso no pué embargarse, ni los útiles del oficio de uno.

MIG. Aquí todo era uno...

CAR. ¡Y yo que no la encuentro tan guapa! ¿Y tú?

MIG. (Cogiéndole una mano.) Pa mí no hay más mujer que tú en el mundo, ¡negra de mi vida!

CAR. Suelta, que me has torcido un dedo.

MIG. Ha sido sin querer.

CAR. Y además nos están mirando, y además no está bien. ¡Nunca reparas!... (Mutis de Isidoro, Romualdo, Vicenta, Carola, Miguel y Juanito.)

LEO. ¡Hola, Manolo!

MOZO Adiós.

LEO. ¿Cómo te va, Emiliano?

PER. No tan bien como á tí.

PACO ¿Pero también conoces á los del organillo? estás muy bien relacionada.

LEO. Regular... Si no os conociera á vosotros... anda, vamos á bailar...

PACO ¡Mujer!...

LEO. ¡Ay, que se me va á caer la banda de María Luisa! Ven tú, Enriquillo, que eres más corriente, que éste se da más importancia que un simón con gomas.

PACO ¿Quieres no ser golfa?

LEO. Ya estais dándole música, música.

ENR. (A Paco.) ¿Pero qué vas á hacerle? Si la conoces...

PACO — Pues da tú el espectáculo. Yo me voy á tomar el café ahí dentro. (Entra al cenador.)

Música

LEO. — Anda, dale al manubrio,
dale, chiquillo,
que va á bailar con gracia
mi cuerpecito.

MORO — Ahí va la mejor pieza
del repertorio,
pa que bailes á gusto
con ese pollo.

ENR. — Vas á comprometerme
con ese amigo,
que no quiere que bailes
en estos sitios.

PER. — Con todos sus brillantes
y su elegancia,
á ésta le tira siempre
la golferancia.

(Recitado.)

LEO. — Anímate, hombre.

ENR. — Pero mujer, si es que...

LEO. — ¡Agarra! (Bailan.)

(Cantado.)

Pa bailar á lo chulo
te falta escuela,
que no es toda la gracia
meter la pierna.

(Recitado.)

ENR. — Pero si yo no he bailado jamás estas cosas.

LEO. — Pues suelta y verás lo que es gracia fina.

ENR. — Mujer, ¿qué vas á hacer?

LEO. — (Al Moro.) Ven acá, tú no tengas lacha.

MORO — Se va á enfadar el señorito y le voy á tener que diñar.

LEO. — Bailas conmigo porque me da la gana.

PACO — ¡Pero no está bailando con ese golfo! ¡Pero te parece!

ENR. — ¡Pero qué vas á hacer, matarla ó dejarla!

(Cantado.)

MORO — ¡Ay, cuánto tiempo
que ya no bailamos así!

LEO. No dirás nunca
que ha sido la cosa por mí.

MORO ¡Ay, qué frescura que tiés!

LEO. ¡Tú eres un exagerao!

MORO ¡Cualquiera te quita á tí
lo que tienes bailao!

(Recitado.)

PACO ¡Pero es una vergüenza!

ENR. ¡Pero si tuviéramos vergüenza, no vendríamos con ella ni ella con nosotros!

LEO. No sé si son los recuerdos, pero estoy acongojá.

MORO ¡Lo que tú tiés es una curdela, pero que regular!

PER. Oye, tú, si por casualidad te cansas, avisa, que conmigo hay siempre una continuación.

PACO ¡Eso ya es abusar!

PER. Sus van á dar las doce y media bailando.

MORO ¡Ni que fueras Lacierva!

ESCENA V

DICHOS, LA TANGUERA, LA CHIRRIS y DON LEANDRO

Hablado

TAN. Hay que desengañarse; pa tomar cualquier cosa en este tiempo no se pué venir á otra parte.

PER. ¿No preguntabas por esa?

MORO ¿Por quién?

PER. Por la Chirris.

LEO. ¿Ande está?

MORO Muy buenas noches, don Leandro.

LEAN. Muy buenas noches.

TAN. Hola, Moro. Adiós, Emiliano.

CHIRRIS Meterse ahí dentro, que está ahí esa y como es una cualquier cosa, pué decirnos algo.

LEAN. Se librará muy bien estando yo.

CHIRRIS Es que no me gusta dar escándalo en ninguna parte como á ella.

MORO (A Leonor.) Qué, ¿no os saludáis?

LEO. Con la Matilde, sí; pero con la Chirris... si pué sé que la salude un día de estos...

CHIRRIS Ya está provocando; meterse adentro he dicho. (La Tanguera, La Chirris y don Leandro entran en un cenador.)

PACO (Saliendo del cenador y á Leonor.) ¿Has vuelto ya en tí?

LEO. ¿No te habías marchao? Porque ya no hacía cuenta contigo.

PACO ¿Pero te has propuesto divertirte conmigo?

LEO. ¡Qué ilusión! ¿Pero tú crees que contigo se *pué* divertir nadie?

PACO ¿Pero se puede saber lo que quieres?

LEO. ¡Ay, qué hombre! ¿Pero no lo sabes? Yo he venido aquí para hablar de negocios; ¡solo que tú, no sé por qué, te has figurao otra cosa!

PACO ¿Negocios? Ya lo sabes; si firma el Marqués, mañana mismo tienes el dinero.

LEO. ¿No te he dicho que esto es cosa mía y que no quiero que él se entere? ¿Es que yo no tengo crédito pa una porquería de tres mil pesetas?

PACO ¿Tú? En cuanto cojas los cuartos te largas á San Sebastián; ¡te conoceré yo!

LEO. Pué que creas que es pa eso. Si yo quisiera, ¿no estaría ya en San Sebastián?

PACO ¡No te quieren allí este año!

LEO. ¡Qué mala sangre tienes y qué mal bicho eres!

PACO Si no me enfado.

LEO. Ya lo sé; tiés muy hecho el cutis. ¿Pero es verdad eso?

PACO ¿Qué?

LEO. Eso que me han contao antes.

PACO ¿Lo de tu Marqués y la brasileña?

LEO. Eso.

PACO Todo el mundo lo sabe en San Sebastián y en Biarritz... Que te diga Enrique.

LEO. ¿Y de dónde ha salido esa mujer?

PACO Del otro mundo. Es una artista de mérito. Ha viajado mucho por América y se viste y se alhaja que mete miedo. Y esa peque-

ñez que le giré ayer á tu amigo, no hay que decir...

LEO. (Se levanta.) Pues oye, no me des na... Pero. . ¿á que no eres capaz de una cosa?

PACO ¿De qué?

LEO De irnos los dos juntos á San Sebastián.

PACO ¿Lo ves como no piensas en otra cosa?

LEO. Lo que pienso es que á tí te han dao el encargo de que no me mueva de aquí y de estarme dando la entretenida, pa decir luego, si á mano viene, que yo he tenido algo contigo y que tengan un motivo pa plantarme.

PACO Leonorcilla, que vamos á ponernos serios.

LEO. Sí, tiés razón, no hablemos más de esto ni de ná. ¡Pero yo te juro que mañana mismo salgo pa San Sebastián, aunque tenga que dejar aquí todo lo que tengo!... ¡me voy á apurar yo por dinero! (Al Moro.) Toca, tú, toca... que yo he venido aquí á divertirme...

PACO (¡Es una fiera!)

ENR. (Pero no se ha tragado la partida.)

ESCENA VI

DICHOS y LA TANGUERA

TAN. Leonor, mujer...

LEO. Hola, Matilde. No te extrañe que antes no te haya saludao, pero yendo con esos ya sabes...

TAN. Ya lo sé y á eso vengo, pa hablar contigo con permiso de aquí.

PACO Usted lo tiene. (Paco y Enrique vuelven á entrar en el cenador.)

TAN. Vamos á ver. ¿Por qué habéis de estar así dos amigas, que habéis sido que no había otras, hasta el punto de que ya habíais dao que decir?

LEO. ¿Pero no lo sabes?

TAN. Sé lo que ella me ha dicho; que tú este invierno pasao, en el baile de Bellas Artes, sin mediar más palabra te fuiste á ella como una fiera, la levantaste las faldas, y si no

media la concurrencia le das de azotes en público. Cualesquiera que fuesen tus resentimientos, no me dirás que eso estuvo ni medio regular; todo un salón de todo un teatro en todo un baile como ese, no es ninguna plazuela del Rastro, y eso de ir á azotar, está muy feo; todo hay que mirarlo.

LEO. Lo que hay que mirar es lo que ella había hecho antes conmigo, con una amiga como yo, que tú sabes lo que tengo hecho por ella; ¡qué cuántas veces no lo he tenido pa mí y he salido á buscarlo pa ella, y si á mano viene, á sitios donde no debía haberme rebajao en ir!

TAN. Eso es verdad.

LEO. Y el pago fué ir diciendo que yo me había lucrao con sus albajas; cuando las iba á perder y yo le compré todas las papeletas en más del doble, y tóo el mundo sabe que yo no me quedé más que con una lanzadera que tenía capricho y es esta que ves, que no me dejará mentir; así y todo, todavía, le entregué quince duros, los mismos que ella se gastó aquella misma noche en cenar con El Trueno y con la Mari, que fué quien me contó todo lo que había ido diciendo y cómo me había puesto, que tú dirás si es *ación* de persona, después de lo que yo había hecho y que á ella le *costaba* que fué así como te lo cuento, que yo no digo una cosa por otra cuando las cosas son verdad... (Se sienta.)

TAN. Como tú lo cuentas es pa darte la razón; porque cuando has hecho favores como yo sé que ella los tié recibidos, duele mucho un mal pago. Pero, ¿qué quiés que te diga? Yo, que conozco á ésta y conozco á la Mari, no puedo creer que esta dijese lo que dice la Mari que dijo; entre otras razones, porque ésta tié más confianza conmigo que con la Mari, y de decir algo me lo hubiera dicho á mí primero; *másime* que si yo fuera como la Mari, yo te diría lo que ella me ha dicho que tú le habías dicho de mí, que si yo hu-

biera ido á creerla, también pué que hubiéramos tenido un disgusto.

LEO. ¿Que yo le he dicho de tí? ¿Cuándo? No será pa decirlo en mi cara... ¿Qué tenía yo que decirle de tí?

TAN. Pues ahí verás, yo no lo he creído y tú tampoco debiste creerte de ligero de lo que ella te dijo que la otra había dicho. Y créete de mí que soy tu amiga, aunque tú no me hayas querido nunca como yo á tí.

LEO. No sé por qué dices eso.

TAN. Por algo será.

LEO. Pues dilo y no me vengas con lilailas.

TAN. ¿Sabes que contigo no se está pudiendo tratar? ¿Es que te lo has creído?

LEO. ¿Lo que dicen de tí? ¡Vaya si lo he creído!

TAN. ¡Leonor!

LEO Me llamo.

TAN. ¡Eso quisieras! Micaela y gracias.

LEO. ¡A mucha honra!

TAN. *Requiescat in pace.*

LEO. ¿Y la familia?

TAN. Pa tenerla donde tú la tienes más vale no saber de ella. Y calla ya, que eres una golfa raída que aunque te vistas de terciopelo, has de enseñar siempre la hilaza.

LEO. ¡Pues vas á verla toda!

TAN. Tú sí que vas á ver... (Van á pegarse. El Moro y el Perrero las separan. Al ruido salen Paco, Enrique, don Leandro y La Chirris.)

MORO Pero, ¿qué os ha dao?

PER. Pero, ¿qué va á ser esto?

PACO ¡Qué escándalo! Tú habías de ser.

ENR. ¡Leonor!... ¡Leonorcita!...

LEON. Pero, ¿qué es esto? ¡Matilde! ¡Leonor!

CHIRRIS ¡Si ya te dije que no hablaras con ella!

LEO. Déjame, déjame... que á esa la señalo yo bien señalá; por éstas...

TAN. ¡Quita de ahí!

LEON. Vamos, adentro, se acabó. (A Paco.) Sujétenla ustedes. ¡Adentro! (Paco y Enrique intentan llevarse á Leonor que no deja de gritar.)

TAN. ¡Pero hay que ver! (Al Moro y al Perrero.) Vosotros habéis sido testigos, que vengo de tan

buena forma á hacerla reflexiones de por qué estaba así contigo y de que no había fundamento pa ello y se me pone de esta *conformidá.*

CHIRRIS ¿Pero no te lo dije? ¡Si esa ha creído que puede avasallarnos á tóos!

TAN. Pues por la salú de mi madre que en gloria esté, que me la ha de pagar. Esa se acuerda de mí... ¡Vaya si se acuerda! La de los brillantes y los vestidos de Paquín.

LEO. ¡Qué!

TAN. Qué ..

MORO Qué sa acabao...

PER. Adentro. (La Tanguera, La Chirris y don Leandro entran en el cenador. Leonor y La Tanguera siguen gritando cada una por su lado.)

MORO ¡Qué Leonor!

PER. ¡Es que ha echao mal genio!

MORO Es que estará contrariá. Todo no hay que tenerlo.

PER. Mejor es que toquemos pa que se digan lo que se están diciendo, que estoy viendo que vuelven á liarse. (Toca al piano.)

ESCENA VII

DICHOS, VICENTA, CAROLA, ISIDORO, ROMUALDO, JUANITO y MIGUEL. Después LA BRASILEÑA, el MARQUÉS y PEPE

VIC. Todo, todo está muy bien. Salú pa disfrutarlo es lo que hace falta.

ROM. Y que ustedes lo vean.

JUA. (A Isidoro.) ¿Te has fijao en los reservaos? Tóos con su *cheslón*...

ISID. Sí, éste Romualdo hará aquí negocio.

ROM. Ahora van ustedes á tomar algo. Pasaremos á este kiosco.

VIC. Pero si no tenemos ganas; la verdad.

ISID. Si es caso, una limoná porque no digas.

ROM. ¡Qué limonada! Siquiera unas lonchas de jamón y unas aceitunas pa beber de un vino muy fresco... ¡Vamos, los jóvenes!...

¡Pero qué acaramelaos!... Me parece que váis á tener que casarlos muy pronto

VIC. No hable usted de eso, que todavía está por ver.

MIG. ¿Pero ves tu madre?

CAR. ¿Pero no la conoces?

MIG. Es que el mejor día tenemos un disgusto. ¡Es mucho anticipo de suegra! (Entran en un cenador. Aparecen La Brasileña, el Marqués y Pepe.)

BRAS. ¡Qué noche, espléndida!

PEPE Sí, tropical.

PER. Tú... no toques más, que esto es pa mirarlo y aquí se vé y no se toca...

MORO ¡La gran tía! Pero oye... te has fijao quién viene con ella...

PER. Anda, el de la Leonor. Te digo que esta noche está esto mejor que en el teatro.

ISID. Vicenta... mira allí.

VIC. El señor Marqués...

JUA. ¡El amo!

ROM. ¿Pero tú sabías que estaba en Madrid?

ISID. ¡Yo qué tenía de saber!... ¿Y qué hago yo ahora? ¡Aquí tiés á un hombre en el primer compromiso! ¿Habrá visto el coche á la puerta?

VIC. Preséntate á él. Después de todo, ná malo estás haciendo... Y si ha visto el coche...

ISID. Tiés razón. (Vicenta, Carola, Romualdo, Juanito y Miguel entran en un cenador.)

MAR. ¿Pero de veras no quieres cenar?

BRAS ¡Ay, no! Déjense de cenar. Un poco de champagne helado; no me apetece nada más.

ISID. (Saludando.) Señor Marqués...

MAR. ¡Isidoro!... ¿Tú por aquí?

ISID. Ya lo ve el señor Marqués... He salido á pasear los caballos con el faetón y me he traído á la familia. No sé si sabrá vuecencia que esto es de Romualdo, el que estaba en la cocina del señor Duque cuando yo servía en la casa.

MAR. Sí, ya sé. ¿No ocurre novedad?

ISID. Ninguna, señor Marqués.

MAR. Yo no he avisado de mi llegada porque sólo he venido para un día y estoy en un hotel...

He venido por acompañar á estos señores que son extranjeros y están de paso en Madrid.

ISID. ¿La señora Marquesa y los niños están buenos?

MAR. Sí, muy buenos.

ISID. ¿Manda algo vuecencia?

MAR. Nada, nada: mañana temprano vuelvo á marcharme. ¡Que vaya bien! ¿Querías decirme algo?

ISID. No, señor Marqués, nada... á la orden de vuecencia... (Saluda y entra en el cenador.)

MAR. ¡Qué Madrid éste! ¿Has visto, Pepe? No es posible dar un paso sin tropezar con alguien. Y dicen que en verano no queda nadie conocido.

PEPE Conocido, no; pero que le conozcan á uno, sí.

MAR. Vamos á sentarnos, pero no aquí.

BRAS. ¿Por qué no? Está muy lindo.

MAR. Se está al paso de todo el mundo. Estaremos mejor en un cenador.

PEPE Estos me parece que están todos ocupados. Voy á ver por allí (Mutis de Pepe.)

BRAS. Qué noche espléndida y qué tiempo lindo ¿Sabe que me agrada Madrid?

MAR. Ya se conoce, y no quieres quedarte siquiera dos días.

BRAS. Si no puedo, mi hijito, si debo estar el miércoles en Lisboa para embarcar. Pero el año próximo vuelvo á Europa, se lo garanto. Ahora tengo mi contrato en Río y de allí paso á la Argentina... Hay que ganar plata, mi niño.

MAR. Podías contratarte en Madrid. Yo conozco á muchos empresarios. Tendrías tanto éxito como en América.

BRAS. ¿En Madrid? No, ¡qué esperanza! Aquí hay mucha eminencia y yo me iría al bombo.

MAR. Es que no quieres nada con los madrileños, y conmigo menos.

BRAS. No sea sonso, si yo soy madrileña, solamente salí de España muy chiquita y me dicen Brasileña, porque debuté en Río á los catorce años.

MAR. ¡Qué precocidad!

BRAS. Pero mi mayor estancia ha sido en la Argentina. Ya ve que mi acento es español más que nada. Puedo decir que no soy nasión de ninguna parte. Soy de todas como todas las artistas; los artistas somos nada más viajeros... Es por eso que no debemos de querer nunca, por no llorar después ausencias.

MAR. Hasta ahora no había comprendido que se vuelva uno loco por una mujer.

BRAS. ¡Qué rico tipo! ¡Déjese, no más y no digas *sonseras!* ¡Que puedo creermeló! Vamos á beber un poco de Champagne á nuestra despedida.

MAR. No, despedirnos no: hasta Lisboa, hasta el último instante.

BRAS. ¿Pero de veras viene á Lisboa? Que va á molestarse. (Pepe sale.)

MAR. Y no voy más allá porque no sé dónde llegaría...

PEPE Ya he dicho que nos sirvan en el sitio más fresco. Cerca del río.

BRAS. ¿El Manzanares? ¿Es tan *petiso* como le disen?

PEPE ¿Petiso?

BRAS. Tan chiquito...

PEPE ¡Ah!... sí, muy petiso, pero muy lindo ¿sabe?

BRAS. Vos se burla siempre de mí y me tiene muy enojada ¿sabe?

MAR. ¡Es deliciosa! ¡Chico, esta mujer me vuelve loco! (Mutis de La Brasileña, El Marqués y Pepe.)

PER. ¡Aquí dió fin la Leonor! Porque al lao de ésta... Esto es el Machaco hembra.

MORO Eso será una apreciación tuya, porque pa mí, siguen estando la Leonor y el Bomba chico muy por cima, ca uno en su género. ¿Qué tié esta mujer de particular, ni por donde le llega á la Leonor.

PER. ¿Pues no le tié que llegar? Es que pa tí no hay más que esa mujer, como ha sido la única en que has encontrao calor en tu vida...

MORO ¡La única! ¿Y tú? ¡El Tenorio modernista!

PER. Quisieras tú lo que yo desecho pa poner un harem.

MORO Ya te ví la otra noche con una, y creí que habías vuelto al comercio de perros.

PER. Oye tú, que era mi *cuñáa.*

MORO Más te vale.

PER. ¿Y si levantásemos la sesión?

MORO Por levantá.

ESCENA VIII

DICHOS y LA TANGUERA

TAN. Emiliano, has favor.

PER. Lo que tú quieras.

TAN. ¿Está ahí todavía la Leonor?

PER. Allí está.

TAN. ¿Has visto que ha venido el suyo con una?

PER. Ya lo he visto.

TAN. ¡Esa que le dicen la Brasileña, que ha hecho tanto ruido este año en San Sebastián?

PER. Nunca la había visto.

TAN. No ha estao nunca en Madrid. Es artista de varietés. Dicen que vale.

PER. No te llegará.

TAN. A mí ni que valga más que la Otero. Gracias á Dios, ya me he quitao del teatro *pa in eternum* y estoy tan ricamente, que pa eso he sabido guardar, no como otras que han de verse muy malamente.

PER. La Leonor, pongo por caso.

TAN. Esa es una. Oye tú; ¿se habrá enterao de que está ahí el Marqués?

PER. No creo, Está sentá de espaldas... y desde allí no se distingue, y menos que ella no pué pensarse que él esté aquí.

TAN. ¿Vas á hacerme un favor?

PER. Ya he dicho que tó lo que tú quieras.

TAN. Vas á llegarte donde está el Marqués y vas y le saludas con mucho respeto, tú ya sabes, y vas y le dices, que de parte de un amigo que quiere saludarle, que le esperan allí... y le acompañas y le dices dónde.

PER. ¡Mujer! ¿Y si luego preguntan quién me ha dao el recao?

TAN. Pues dices que he sido yo, y que vengan á mí, que yo sabré contestar.

PER. Mira que la Leonor va á armarnos el primer lío.

TAN. Si contigo no se ha de meter nadie, que aquí estoy yo. Ya estás perdiendo el tiempo.

PER. Pero...

TAN. ¿No tiés na pa cumplirse? (Le da dinero.) Toma y calla, y déjame á mí que soy tu amiga y más has de sacar de mí que de esa que ya la conoces, me parece...

PER. Tan conocida...

TAN. Desde allí *oservo.* (Entra en el cenador.)

MORO (Al Perrero.) ¿Se pué saber dónde vas?

PER. A un encargo. ¿Te importa?

MORO A ver si te dan á tí el encarguito.

PER. Eso es cuenta mía. (Mutis del Perrero.)

MORO Pues anda con Dios. (Al Mozo que pasa con un servicio.) Oye tú.

MOZO ¡Que llevo prisa!

MORO Espera. Vas á decirle á la Leonor, de mi parte, que venga aquí deseguida que tengo que decirla algo muy urgente.

MOZO ¿Pero cómo voy á decirle yo, estando con unos señores, que tú la necesitas?

MORO Si es ella la que me necesita á mí, que no es lo mismo. Sobre tó tú se lo dices que nadie te dirá nada y ella menos.

MOZO Allá tú: ¡verás con el amo si hay un disgusto en la casa! (El Mozo entra en el cenador donde está Leonor, le da el recao y después hace mutis.)

ESCENA IX

DICHOS y LEONOR

LEO. Qué; ¿me has llamao?

MORO Sí, porque aunque too se haya acabao, pa mí eres siempre la misma.

LEO. Igual te digo.

MORO Yo estoy viendo que aquí hay una mala voluntá contra tí y que aquí te han traído pa meterte en una encerrona.

LEO. ¿A mí?

MORO — ¿Sabes quién está aquí?

LEO. — ¿Quién?

MORO — El Marqués.

LEO. — ¡En Madrid! ¿Que está en Madrid, sin saberlo yo?

MORO — Si no fuera más que en Madrid... Está ahí; con una mujer y otro amigo; ahora mismito me está oliendo de que han ido á darle el soplo de que tú estás y con quién.

LEO. — Habrán sido esas, ¿verdad?

MORO — ¿Qué más tiene? Lo mejor que pués hacer es ahuecar y cuando vengan á buscarte que averigüen. Yo seré el primero en decir que no te he visto y que too es mentira.

LEO. — ¿Irme yo? ¡Tú no me conoces! Yo no tengo pa qué esconderme; yo he venido aquí á lo que he venido... ¡Pero él!... ¿Dices que con una? Será esa la de San Sebastián... Y no me avisa de que viene... ¡Claro! ¿Dónde están?

MORO — ¡No vayas! Si alguien vendrá... ¿No te digo que ya están avisaos?

TAN. — (Cantando dentro.)

Tú no quisiste la paz
cuando la paz te ofrecí.
¡Por la salú de mi madre
que te has de acordar de mí

LEO. — Ese cantar tiene su intención y alguien se va á quedar ronca esta noche.

UNO — (Dentro, cantando.)

Como yo te quiero á tí
no te habrá querido nadie.
¡Por tí he *robao!*
¡Por tí he matao!
Por tí he faltao á mi madre!
¡Y por tí me iré al infierno
si tú quieres condenarme!

(Palmas y jaleo de todos.)

MORO — Déjala.

BRAS. — (Cantando dentro.)

¡Palomita blanca!
¡Vidalita!
¡De color de nieve!
¡al pasar me heriste!...
¡Vidalita!
¡Ay, cómo me duele!

LEO. Esa, esa es ella, ¿verdad?

MORO Cá uno canta lo suyo... ¡Esa es la vida! Pero ya han acabao de cantar, aquí no se oye ya á nadie. (Va á tocar el piano.)

LEO. No, deja, no toques ahora. ¡Que canten todos! Yo cantaré más fuerte que todos, y me han de oir por cima de todos... Yo te lo aseguro.

Música

LEO. Cada uno canta lo que siente
y yo también quiero cantar;
aunque me esté ahogando el coraje
no me ha de ver nadie llorar.

MORO ¡Tú ríete del mundo!

LEO. Ya ves que sí.

MORO Cuando todos te falten,
estoy yo aquí;
y canta, canta.

LEO. ¿No he de cantar?
Aunque me esté ahogando el coraje
no me ha de ver nadie llorar.

—

Todo el mundo contra mí
y yo contra el mundo sola;
pero yo sola me basto
y todo el mundo me sobra.

—

TAN. Tu cantar no es sentimiento,
y tu cantar no me engaña;
tu cantar es alegría
y por llorar no lo cantas.

(Recitado.)

LEO. ¡Qué más quisieras tú!

MORO ¿Pero te se saltan las lágrimas?

LEO. ¡A mí! Es de rabia.
(Cantado.)
Las fatigas del querer
esas sí que son fatigas,
sólo acaban con la muerte
como se acaba la vida.

(Recitado.)

MORO ¡Ay, qué verdad!

LEO. Pero yo no estoy por morirme ni por pasar fatigas. ¡Maldito sean los hombres!

(Cantado.)

BRAS.
Una palomita, vidalita,
para mí crié;
se juntó con otra vidalita,
con ella se fué.

LEO.
Cada uno canta lo que siente
y yo también quiero cantar;
aunque me esté ahogando el coraje
no me ha de ver nadie llorar.

ESCENA X

DICHOS, el MARQUÉS y EL PERRERO

Hablado

MAR. ¿Dónde está ese amigo?

PER. Venga usted... ¡Leonor!

MOZO La he avisao yo antes que tú al otro.

PER. ¿Yo?

MOZO Ven acá y dejémoslos... y á tí ya te diré yo... ¡boceras! (Mutis el Moro y el Perrero.)

MAR. ¿Conque eres tú?

LEO. Qué sorpresa, ¿verdá?

MAR. No... ¿por qué?

LEO. Es verdad. Como he recibido tu telegrama, en lugar de bajar á la estación te he esperao aquí más fresca.

MAR. No avisé porque he venido de pronto.

LEO. Cuidao con los prontos... asuntos de familia, ¿verdá?

MAR. Deja á la familia, que tienes esa mala costumbre.

LEO. ¿No es de educación preguntar por ella?

MAR. Bueno, bueno, no hablemos más. ¿Qué vas á decirme? Que estoy aquí con unos amigos; tú con otros... No hace falta explicaciones.

LEO. Ni yo te las daría. ¡Si está too explicao! Solo que te falta saber una cosa, que yo no conozco á tus amigos; tú á los míos, sí; *demasiao.*

MAR. Es posible.

LEO. Paco y Enrique; íntimos.

MAR. ¿Paco Téllez? ¿Está en Madrid?

LEO. ¡Otra sorpresa! ¡Hazte de nuevas! ¿No te ha mandao ayer un dinero? ¿No le tiés encargao que no me facilite fondos pa tenerme aquí too el verano... y poderte tú divertir á tu gusto? ¿No anda él detrás de mí too este tiempo... siendo así que nunca se le había pasao por la imaginación, con las veces que ha tenido ocasión pa ello?... ¿No estaba too esto mu preparao pa encontrarme tú hoy aquí y tener derecho á decirme que te falto?

MAR. ¿De donde sacas eso?

LEO. ¿Pero te crees que no os conozco á tí y á Paco y á los hombres? Si estas cosas acaban siempre así, con la misma combinación. ¡Sabéis mucho los hombres, sólo que toos sabéis lo mismo y una lo aprende pronto!... Lo que tú no sabes es que yo estaba al cabo de tóo, y que si he venido aquí no ha sido de engañá, sino porque sabía que tú habías de venir y con quién.

MAR. ¡No digas disparates! Que tú sabías... ayer mismo no lo sabía yo, ni he avisado á nadie de este viaje, ni nadie ha podido verme en Madrid desde que he llegado, ni...

LEO. ¿Conque nadie? Recuerda bien. ¿No has dicho á nadie que venías aqui? ¿Ni siquiera al cochero que te ha traido? ¿Ni te ha visto nadie? Ni siquiera en el tren, ni siquiera en la estación... ¡Habrás venido en globo, que es la última!... Lo que te digo es que no habías llegao, cuando yo sabía que estabas aquí esta noche y que contigo venía esa mujer. Y por eso me hice la tonta cuando Paco me dijo de venir á comer aquí... porque sabía que esta noche era el fin de tóo, porque pa mí esta noche has muerto, sólo que otro día pué que lo hubiera sentido algo, porque

al fin no es un día ni dos los que llevamos; pero esta noche me ha dao por reir... *y quitao* alguna que me está oyendo detrás de los ebonimos y pensará que yo no lo he *guipao*, y es la que se va á llevar tóo el disgusto, pa mí día de gala, porque estaba deseando que ocurriese esto ó algo parecido pa concluir; de modo que podías haberte ahorrao una porción de combinaciones, que te habrás quedao más calvo, y en lugar del bisoñé vas á necesitar peluquín entero.

MAR. ¿Pero qué estás diciendo¿ ¿Tú crees que yo puedo creer?...

LEO. ¡Si esto ya me lo esperaba! ¡Si nos está muy bien empleao á las mujeres por tener sentimientos y creernos que los hombres agradecen nada! Si luego dicen que hay quien pega á una mujer; si debían de matarnos á todas y á mí la primera por dejarse una arrastrar del cariño... Si este es el pago de haberme comportao decentemente; con el porvenir que yo tenía por delante... y qué bien dice la novela que trae el periódico que es la propia realización de lo que me está á mí pasando; que la virtud nunca se ve recempensá en este mundo...

MAR. ¡No digas tonterías!

LEO. ¡Quita, quita! Ni verte, ni saber de tí... ya pués verte lo peor del mundo... quita, quita!

MAR. ¿Pero no dejas hablar?

LEO ¡Ay!... ¡ay!.. que me estoy conteniendo y no puedo callarme más, y si no rompo algo, me dará el ataque... ¡Ay!... ¡ay!... (Le da un ataque de nervios.)

MAR. ¡Leonor!... ¡Leonorcita!... ¡Vida!... ¡Oye, escucha!...

LEO (Dando gritos.) ¡Ay!... ¡ay!...

ESCENA ULTIMA

VICENTA, CAROLA, ISIDORO, ROMUALDO, JUANITO, MIGUEL, el MORO y el PERRERO, que acuden á los gritos. LA TANGUERA y la CHIRRIS se acercan, pero sin acercarse PACO y ENRIQUE

TODOS ¿Qué pasa? ¿Qué es? ¡La escena! ¡Agua!
CAR. ¡Que güela algo! (Carola saca las vinagreras del comedor.)
TAN. Pamplinas pa los canarios. ¡El accidente! ¡Se lo tengo ensayao!
VIC. Que es el aceite, mujer...
CAR. ¡Es verdad! ¡Qué cabeza!
ISID. ¿Se le ofrece algo al señor Marqués?
MAR. ¡Nada! ¡Nada!
CAR. ¡Ya vuelve!
VIC. ¡Güela usté, güela usté!
LEO. ¡Ay!
MAR. Anda, apóyate y vámonos...
LEO. ¿Contigo?
MAR. Sí, conmigo... No demos más espectáculo.
LEO. ¡No, así no! Tiés que creer en mí.
MAR. ¡Si lo creo todo!
LEO. ¿A qué ha venido por aquí Paco?
PACO Hemos venido á tratar de un asunto de dinero. Yo no quería dárselo sin que tú firmaras.
MAR Sí, firmaré. Ella dice que yo te había dado el encargo de tenerla en Madrid, cuando tú sabes que si este año no ha venido á San Sebastián, es porque está allí la familia de mi mujer y no me conviene que se enteren de muchas cosas, por muchas razones.
PACO ¡Digo, si tu suegro se disgusta! ¡Y tu suegra!
MAR. ¡Naturalmente! ¡Pero ésta no se hace cargo de nada!
LEO. Tú, tú eres el que no sabe apreciar mi delicadeza.
MAR. Sí, mujer, sí...
LEO. De rodillas tiés que pedirme perdón.
MAR. Sí, mujer, sí... pero vámonos. Tú, Paco, dile á Pepe, que está ahí con esa, que se la lleve cuando quiera, dile lo que ocurre... y

á ella... á ella no la digas nada, que lo arregle Pepe; él sabrá cómo arreglarlo. ¡Ah! toma para que pague la cuenta. Vámonos, vámonos.

PACO — De modo que sigues... ¿No decías que querías acabar?...

MAR. — ¿Qué quieres? En cuanto la veo me vuelve loco... Es la única mujer que me ha vuelto loco.

ISID — Aquí no ha pasado nada.

TAN. — ¡Luego dicen los hombres que les engañan.

CHIRRIS — Si esta Leonor yo no sé lo que tiene: es que los vuelve tontos.

TAN. — Yo creo que los busca así y se ahorra de volverlos.

LEO. — No, yo no me voy ahora de aquí; aquí nos quedamos, y que nos vean todos, y que rabien más de cuatro, y quiero conocer á esa, y vas á presentarme...

MAR. — ¡Pero mujer!

LEO. — Y que vea lo que sinifico pa tí... Y si no, hemos concluído.

MAR. — Sí, mujer... lo que tú quieras, como tú quieras.

LEO. — Y vas á convidar á todos estos amigos, y á tu servidumbre, y á los pianistas, y á bailar todos, y á divertirnos todos.

MAR. — Sí... sí... ¿por qué no? Lo que tú quieras... como tú quieras.

LEO. — ¿Vas á tener reparo? No sé por qué. ¡Aquí todos somos unos!

ROM. — Así es.

MAR. — Sí, es verdad; todos somos unos...

ISID. — No es mucha moralidá;
si esto fuese una obra seria,
pero como es un sainete
no hay que tener *esigencias*
ni con el que esto escribió
ni con quien lo representa.
Y pues *todos somos unos*,
¡perdonad las faltas nuestras!

(El Moro toca el piano, todos bailan y cae el)

TELON

Precio: UNA peseta